

EL ULTIMO MENSAJE DE MENOCAI



UANDO escribimos el epigrafe que va al frente de estas líneas, nos embarga un sentimiento de satisfacción. El mensaje enviado por el general Mario G. Menocal al Congreso con fecha 4 del mes en curso y ahora dado a la estampa, es el último. ¡El último! ¡Nos vamos a ver libres de la desgarrada prosa del mayoral, y, lo que es mucho más grato, nos vamos a ver libres de él mismo! ¡Qué ansia tenía la nación entera de que llegaran estos momentos precursores de un momento mucho más dulce, aquel en que el aborrecido déspota se vea definitivamente despojado de la investidura que usurpó al pueblo!

El mensaje viene a ser una especie de testamento, en el que trata de sincerarse de todas las ilegalidades que ha perpetrado en estos últimos cuatro años de bajalato. Es un documento que podría suscribir cualquier fariseo. Empieza con una invocación a Dios y concluye con un ruego a la Divina Providencia. En labios de quien se ha cansado de ir día por día contra todas las leyes divinas y humanas, tiene algo de blasfemia. Recuerda aquella oratoria de Guillermo II en que amenazando continuamente al mundo con sumirle en los horrores de la guerra, se inclinaba respetuoso ante el cielo. Y organizaba matanzas y disponía incendios y cometía toda clase de crímenes siempre en nombre del Altísimo.

Para el general Menocal las últimas elecciones han revestido lamentables caracteres. Gran verdad. Su gobierno echó todo el peso del poder en la balanza y de las atrocidades llevadas a término, sólo él es responsable ante la historia. Empleando una frase del mensaje, se puede decir que su gobierno olvidó "que los supremos intereses nacionales están o deben estar muy por encima de las ambiciones y de los rencores de la política pasional". Política pasional, tal es en síntesis la que ha desplegado el ex-administrador del ingenio Chaparra y a la que debe Cuba la horrenda situación en que yace, sin cordialidad, sin alegría, sin esperanza. Recibió el poder de manos del general José Miguel Gómez hace ocho años, cuando la República era feliz, y la abandona agitada por odios y rencores inextinguibles, sumida en la ruina, atribulada por los más difíciles y complicados problemas...

¿Cómo se atreve, entonces, a decir que durante los ocho años de su mando el orden y la paz se han mantenido firmemente? Sin contar la revolución de febrero de 1917, el más formidable movimiento armado de que hayan sido testigos los campos de Cuba, la vida de la nación ha sido un desorden perpetuo. Es que el general Menocal olvida sus frecuentes atentados a la libertad de la prensa, clausurando periódicos contra la letra y el espíritu de la Constitución; es que no recuerda los sangrientos choques entre la policía y ciudadanos pacíficos, las mujeres de los obreros o los estudiantes de la Universidad; es que para él, como para la salamandra, el fuego es su elemento, y cree que todo está bien cuando se ve rodeado de llamas. Pero el concepto del "orden" no es sólo el de oposición a "tumulto" o "motín" o "asonada". Orden quiere decir estado perfecto y tranquilo de los negocios y de la vida, regularidad metódica de los procedimientos, administración leal y sincera de los intereses colectivos, pureza, desinterés, amor a la patria y a las instituciones. Y esto, preciso es que lo reconozca contrito el general Menocal, esto ha brillado por su ausencia en los dos cuatrienios en que se ha puesto la república por montera.

Como demostración de sus grandes dotes de gobernante, el general Menocal se ufana del florecimiento de la riqueza general del país. ¡Cualquiera diría que si él no hubiera ocupado el palacio de la presidencia no habría llegado a valer 23 centavos la libra de azúcar, en la pasada época de las vacas gordas! No. La prosperidad económica—que por desgracia desde octubre del año pasado dejó de ser una realidad—no ha tenido nada que ver con la gestión del general Menocal. Su gobierno no ha sabido más que derrochar los considerables ingresos que esa situación floreciente permitía recaudar al tesoro. Y cuando vinieron las dificultades, el general Menocal no supo sino llamar a un Mr. Rathbone a quien hubo que pagar 15,000 pesos de honorarios por haber dado el dictamen de que nuestra bancarrota no tenía remedio.

Durante los ocho años de menocalato, la Habana no ha visto ni siquiera trazados los planos de un palacio de justicia, obra que demanda con urgencia el estado de civilización a que hemos llegado y que pudo acometerse fácilmente y terminarse cuando el dinero sobraba y se repartía en cosas mucho menos útiles. Sin embargo, el general Menocal cree haber hecho mucho por la administración de justicia.

Hablando de las elecciones, el mensaje contiene cosas curiosas. "Se han celebrado las especiales con el mayor orden, habiendo concedido el Gobierno cuantas garantías han sido solicitadas por los partidos políticos, para que fuera un hecho la libre emisión del voto. En esas garantías—añade—se cuenta la de haber hecho cesar en sus cargos a todos los Delegados militares de la Secretaría de Gobernación que hace algún tiempo fueron nombrados para el mantenimiento del orden público en algunas localidades". Es una confesión paladina de que esos delegados militares eran un obstáculo a la libre emisión del voto.

Es asimismo notable que el general Menocal hable de su dedicación continua a perseguir el vicio del juego, cuando con su aquiescencia se han abierto dos frontones y se ha votado esa ley del momento del turismo que convierte la Habana en una especie de Monte Carlo.

Aunque el Congreso tiene el derecho de conocer qué ha hecho el gobierno en la crisis del Banco Nacional, como agente fiscal que era de la Administración pública, el general Menocal se limita a decir que ha quedado garantizado el descubierta de dicho Banco con el Tesoro (que se eleva a unos veinte millones de pesos) "con valores de reconocido crédito". Mucho mejor habría sido determinar esos valores. Dejando las cosas en la obscuridad, se puede pintar fácilmente cuadros.

No hay casas suficientes para escuelas; las escuelas carecen de material; el mensaje lo confiesa; pero no dice qué gestiones haya realizado el gobierno para remediar esos males. Bien es verdad que no podría decirlo porque no ha realizado ninguna. Lo mismo sucede con las graves epidemias de viruela, de malaria, de meningitis cerebro-espinal que se han desarrollado por toda la nación. Da cuenta de que hubo suficiente negligencia para permitir su importación, aunque tratando de defender a sus auxiliares de gobierno; pero de los éxitos logrados, ni una palabra. No los ha habido.

Los gastos del ejército están reducidos al minimum posible, dice el mensaje. Pero le parecen insuficientes los diez y siete millones de pesos que el pueblo paga por tener una tropa de la que han salido sus más fieros opresores, y aun pide más. Como quiere más barcos de guerra y como quiere que se establezcan arsenales y apostaderos. Militarizar al país es una obsesión de todos los tiranos. Menocal no podía faltar a la regla.

En suma el mensaje es una verdadera bofetada que da el gobierno a la realidad de las cosas. Un himno en honor del más funesto gobernante que jamás haya tenido Cuba. Un disfraz con que se encubren las horribles dilapidaciones de la Hacienda pública, los monstruosos atentados a la libertad individual y los golpes brutales asestados a la institución del sufragio.

Pero es el último mensaje del general Menocal, y por esta circunstancia, aun lleno de sofismas, de torpezas y de falsedades, nos parece la mejor de sus obras. Es el adiós de un moribundo, cuyo es tertor final desean con impaciencia los que rodean su lecho.

*Heraldo de Cuba
Abril 22/1921*